

Del envío de Cristo al envío del cristiano

✠ *Francisco Conesa Ferrer*

Obispo de Solsona

El objeto de este primer artículo es que comprendamos que cada cristiano es un enviado y descubramos cómo la misión del cristiano se enraíza en la misión de Cristo. Es un pórtico teológico para los temas que trataremos después desde una perspectiva más pastoral, intentando concretar cómo vivir este envío y realizar el anuncio de Cristo en el contexto de nuestra sociedad.

1. Jesucristo, apóstol del Padre

Comenzamos contemplando a Jesucristo como el Enviado del Padre, lo que nos introduce en el misterio del Dios Trinitario, donde tiene su origen la misión.

1.1. JESUCRISTO, EL ENVIADO DEL PADRE

El envío comienza en el seno de la Trinidad, porque en ella se gesta el deseo de rescatar al ser humano y la promesa de un salvador. La misión no tiene su origen en los hombres ni tampoco en la Iglesia. Dice el concilio: «La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre»¹. El origen del envío —subraya el decreto *Ad gentes*— está en el amor fontal del Padre, que nos ha llamado a la vida. «Tanto amó Dios al mundo —leemos en san Juan—, que entregó a su Unigénito» (Jn 3,16). El envío se fragua en el corazón de Dios.

¹ CONCILIO VATICANO II, AG 2.

El Hijo, obedeciendo el designio del Padre, se hace carne en Jesús de Nazaret, para reconciliar al ser humano con Dios. Él es el Enviado del Padre. Junto con el Hijo, el Padre enviará también el Espíritu Santo a los discípulos. Se podría decir que el amor desbordante en que Dios consiste lleva a las Personas divinas a salir de sí (éxtasis) para salvar al hombre y al cosmos. Por eso se suceden los envíos, que quieren alcanzar al ser humano.

En los sinópticos, Jesús se presenta como el ungido y el enviado de Dios, el mensajero que proclama la Buena Nueva (cf. Lc 4,17-21), el Hijo enviado a la viña y que es rechazado por los viñadores homicidas (cf. Mc 12,2-8)². La exégesis del Nuevo Testamento ha subrayado que la conciencia de ser el enviado se hace patente en algunas frases características de Jesús: «Yo he sido enviado», «yo he venido», «el Hijo del hombre ha venido». El cuarto Evangelio expone este tema con mucha claridad. El envío al mundo por el Padre se repite como un estribillo en todos los discursos (cuarenta veces, p. ej.: 3,17; 10,36; 17,18). Jesús se sabe «venido» del Padre (Jn 5,43), «salido» de él (8,42; 16,28). Por eso, el único deseo de Jesús es «hacer la voluntad del que le ha enviado» (4,34; 6,38ss), realizar sus obras (9,4), decir lo que ha aprendido de él (8,26).

También en san Pablo encontramos estas «fórmulas de misión»: «Dios ha enviado a su Hijo», dice en la carta a los gálatas (Gal 4,4; Rom 8,3). La carta a los hebreos —escrita hacia finales del siglo I— resumirá todo esto diciendo que Jesucristo es el «apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos» (Heb 3,1). El término «apóstol» significa representante, enviado, embajador. Jesús es el apóstol por antonomasia, el enviado por el Padre. Un poco más tarde, en la epístola a Diogneto (siglo II) se dice bellamente que Cristo fue un «hombre enviado a los hombres». Este texto dice de Cristo: «Fue enviado en mansedumbre y humildad, como un rey envió a su hijo que es rey; como a Dios nos lo envió, como hombre enviado a los hombres; para persuadir, no para

² Cf. P. GRELOT – J. PIERRON, «Misión», en X. LEON-DUFOUR, *Vocabulario de teología bíblica* (Herder, Barcelona 1965) 480-484.

violentar, pues en Dios no se da la violencia. Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar»³.

Para realizar su misión, Cristo cuenta con la unción del Espíritu, que ha recibido plenamente en su humanidad. Jesús fue plenamente poseído y movido por el Espíritu Santo, que él entregará en el momento de su muerte, transmitirá en la Pascua y derramará con abundancia en Pentecostés. San Gregorio Nacianceno resume la acción del Espíritu Santo diciendo: «Cristo nace y el Espíritu lo precede; es bautizado y el Espíritu da testimonio de él; es probado y el Espíritu lo reconduce a Galilea; realiza milagros y le acompaña; sube al cielo y el Espíritu le sucede»⁴. Jesús es el Mesías, el ungido, lleno del Espíritu Santo.

1.2. JESUCRISTO, CON TODA SU PRESENCIA Y MANIFESTACIÓN REALIZA SU MISIÓN

Jesucristo realiza su misión con toda su vida. La constitución conciliar sobre la revelación dice que Jesucristo lleva a cabo la obra que el Padre le encomendó «con toda su presencia y manifestación»⁵. Su misma persona es revelación y manifestación del amor del Padre, porque solo él es el Hijo amado, que conoce al Padre y lo revela a los sencillos (cf. Mt 11,27) y porque quien le ve a él ve al Padre (cf. Jn 14,9). Jesucristo es la epifanía del amor del Padre. Añade el concilio que Jesucristo lleva a cabo la revelación de Dios y la obra de salvación «con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos»⁶.

Con sus gestos, Jesús manifiesta que Dios es amor. Su cercanía a los pequeños, su trato con los enfermos, los pecadores y los excluidos revela el amor desinteresado del Padre. Con sus palabras, revela los misterios del reino y la intimidad del Padre. Es una palabra que tiene una autoridad singular, que los Evangelios sinópticos designan con el término *exousia*. Sus enseñanzas se diferencian de las de los escribas

³ *Epístola a Diogneto*, 7, 4. Este texto es recogido en CONCILIO VATICANO II, DV 4 y PO 3.

⁴ S. GREGORIO NACIANZENO, *Or.*, 31, 29.

⁵ CONCILIO VATICANO II, *Dei Verbum*, 4.

⁶ *Ibid.*

por el poder que de ellas dimana, aspecto que Marcos afirma, pero que Mateo prueba con ayuda del sermón de la montaña (Mt 7,29; Mc 1,27). Con sus milagros revela el reino presente y el amor del Padre a los más pequeños.

Pero, sobre todo, Jesucristo realizó su misión con la entrega de la propia vida. La muerte en la cruz y la resurrección revelan el amor irrevocable del Dios Trinitario al hombre. En la humillación y sufrimiento de la cruz se revela el poder del amor de Dios y su solidaridad con la humanidad. En la cruz, Dios revela que asume el destino del hombre hasta las últimas consecuencias. El sentido de la cruz y de la muerte de Cristo se desvela como la revelación radical e irrevocable de que Dios es amor, amor más fuerte que el pecado y que la muerte, amor que ante el mal se convierte en misericordia. La cruz es el extremo al que puede llegar Dios en su misericordia.

La resurrección es la respuesta del Padre a la entrega de Cristo, que lo constituye como «Señor» (*Kyrios*). La resurrección ilumina la cruz y revela su sentido. Es misterio luminoso, que anticipa el sentido de la historia, de su final. Así lo explicaba Benedicto XVI:

Cristo, Palabra de Dios encarnada, crucificada y resucitada, es Señor de todas las cosas; él es el Vencedor, el Pantocrátor, y ha recapitulado en sí para siempre todas las cosas (cf. Ef 1,10). Cristo, por tanto, es «la luz del mundo» (Jn 8,12), la luz que «brilla en la tiniebla» (Jn 1,5) y que la tiniebla no ha derrotado (cf. Jn 1,5). [...] La Palabra de Dios es la luz verdadera que necesita el hombre. Sí, en la resurrección, el Hijo de Dios surge como luz del mundo. Ahora, viviendo con él y por él, podemos vivir en la luz⁷.

Podemos concluir diciendo que la misión es un acontecimiento trinitario porque es toda la Santísima Trinidad la que actúa. El Padre envía a su Hijo, da testimonio a su favor y atrae a los hombres hacia el Hijo. El Hijo, por su parte, es el enviado que da testimonio del amor del Padre y lo comunica a los hombres, llevando a cabo la obra de salvación y revelación, que culmina con su entrega en la cruz. El Espíritu Santo

⁷ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 12.

es quien da poder y eficacia a las palabras de Jesús, ilumina la mente y sostiene la voluntad de los hombres para que se abran a la comprensión y a la acogida de la palabra divina.

2. Jesucristo envía a los discípulos y los constituye sus apóstoles

La misión de Jesús se prolonga en sus enviados. Jesucristo permite a sus discípulos participar de su envío y los constituye «apóstoles», es decir, sus representantes objetivos y personales. Ellos entrarán a formar parte de la cadena de envíos que tiene su origen en el Padre y en la corriente de amor que la motiva.

Desde el principio de su ministerio público, Jesús «llamó a los que quiso [...] para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,13-14). La misión se enraiza en el encuentro personal con Cristo, en el «estar con él» y en su seguimiento.

Los Evangelios nos narran dos envíos de Jesús, uno antes de la Pascua y otro después de la Resurrección de Jesús⁸. El impulso decisivo para anunciar el Evangelio será recibido después de la Pascua y es fruto de la experiencia de encuentro con el Resucitado.

2.1. LOS DISCURSOS DE MISIÓN

En los Evangelios conservamos unos discursos de misión (Mc 6,6-13; Mt 10,7-11,1; Lc 9,1-6; 10,1-16) en los que Jesús envía a los doce a predicar y, en el caso de Lucas, también a los setenta y dos discípulos. La exégesis señala que estos discursos fueron escritos a la luz de la resurrección del Señor y también de la experiencia de los primeros misioneros cristianos. Desde ese horizonte, los cristianos recuperaron los recuerdos sobre la misión y el envío prepascual, buscando en ellos un modelo para su tarea misionera. Las palabras y la actividad de Jesús

⁸ Sigo en este punto libremente a S. GUIJARRO, *La primera evangelización* (Sígueme, Salamanca 2013) 65-86.

sirvieron de modelo para la intensa actividad misionera que desarrollaron los primeros cristianos. Estos «discursos misioneros» contienen indicaciones que son válidas para la Iglesia de todos los tiempos. En ellos Jesús habla de lo siguiente:

a) La misión de los enviados es prolongar la persona de Jesús y sus acciones. Por eso, la tarea del apóstol es la misma de Cristo: anunciar la proximidad del reino de Dios y sanar las heridas de la gente. En los discursos de misión se enumeran las tareas confiadas a los apóstoles. En Marcos leemos que les dio «autoridad sobre los espíritus inmundos» (Mc 6,7) y los envió a «predicar la conversión» (Mc 6,12-13). En Lucas se pide curar a los enfermos y anunciar la cercanía del reino de Dios (Lc 10,8-9). Jesús hace partícipes a los discípulos de su «autoridad» o «poder» (*exousia*) para expulsar demonios (Mc 3,15; 6,7).

Son significativas las palabras en las que Jesús se identifica con sus enviados a la misión, de manera que «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10,16). El que envía se hace presente en el enviado. Los apóstoles son su imagen, su rostro, su parábola.

b) El modo de vida de los enviados ha de ser el de Jesús. Se dice que deben andar ligeros de equipaje (cf. Mc 6,8-9; Lc 10,4), como Jesús, que andaba de aldea en aldea y no tenía donde reposar la cabeza (Lc 9,58).

Se subraya que no necesitan nada para el camino (cf. Mc 6,8). La misión ha de caracterizarse por la simplicidad y la sobriedad. El enviado debe renunciar a todo lo superfluo.

Se habla también de cómo comportarse en las casas. No debemos olvidar que para Jesús la casa fue una plataforma fundamental para la misión. También los primeros cristianos evangelizaban desde las casas.

Otro tema que aparece en estos textos es el de la recompensa de los mensajeros, una cuestión que fue muy discutida en la primera generación. En el segundo discurso de Lucas, dirigido a los setenta y dos, Jesús les recomienda que acepten la hospitalidad y el alimento que

les ofrezcan cuando entren en las casas, «porque el obrero merece su salario» (Lc 10,7).

c) Jesucristo no oculta las dificultades de la misión. Son enviados como ovejas en medio de lobos (Mt 10,16). Los discípulos saben que han de anunciar el «escándalo de la cruz» y deben contar con el rechazo. «Os entregarán a los tribunales» (Mt 10,17).

d) Los destinatarios de la misión son «las ovejas descarriadas de Israel» (Mt 10,6). En este primer momento, la misión se dirige sobre todo a Israel. La apertura a los gentiles es un rasgo característico de la misión después de la resurrección. Sin embargo, los Evangelios recogen numerosos encuentros de Jesús con no judíos y con judíos que eran considerados impuros. Los primeros cristianos vieron en ello un anticipo y un modelo de la misión a los gentiles.

2.2. EL ENVÍO POR PARTE DEL RESUCITADO

El envío por parte del Resucitado es la fuente de la misión que llevan a cabo los discípulos. El mandato misionero de Jesús comporta diversos aspectos que están unidos entre sí: «proclamad» (Mc 16,15), «haced discípulos y enseñad» (Mt 28,19-20), «seréis mis testigos» (Hch 1,8), «bautizándolos» (Mt 28,19), «haced esto en memoria mía» (Lc 22,19), «que os améis unos a otros» (Jn 15,12). Según san Mateo, el envío se produce en Galilea después de la resurrección y se dirige a todas las gentes con la misión de hacer discípulos, bautizar y enseñar (Mt 28,19-20). Para san Lucas, la misión comenzó después de Pentecostés y consistió en dar testimonio de la resurrección de Jesús. Para san Juan, el envío tiene lugar en el encuentro con el Resucitado en la Pascua (Jn 20,21-22).

Es especialmente significativo el texto de san Juan (Jn 20,21), porque vincula la misión de los discípulos con la de Cristo. Al anochecer del día de Pascua, Jesús se presenta a los once y les dice: «Como el Padre me ha enviado, también os envío yo». Los discípulos son enviados por el enviado del Padre para continuar la misión. En un texto de finales del siglo I, la carta de Clemente, se dice: «Los apóstoles recibieron el Evangelio para nosotros del Señor Jesucristo; Jesucristo fue enviado

por Dios. Así pues, Cristo viene de Dios, y los apóstoles de Cristo. Por tanto, los dos vienen de la voluntad de Dios en el orden designado»⁹.

Los textos del Nuevo Testamento subrayan que en el origen de la misión está la experiencia de encuentro con Cristo Resucitado. El apóstol es un testigo. San Pablo dirá, de un modo retórico: «¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesucristo, nuestro Señor?» (1 Cor 9,1; cf. Gal 1,15-16: «tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que lo anunciara»). Los relatos de las apariciones del Resucitado hablan del reconocimiento por parte de los discípulos y del envío misionero. A partir de la Pascua, los discípulos comenzarán a proclamar al Resucitado con una fuerza y entusiasmo que eran desconocidos en el mundo antiguo. Los destinatarios de la misión son «todos los pueblos». Ahora, la misión es universal: abarca toda la humanidad y todo el ser humano.

2.3. EL ENVÍO DEL ESPÍRITU SANTO

Para llevar a cabo la misión, los discípulos reciben la fuerza del Espíritu. Las palabras de envío del Resucitado van unidas a la efusión del Espíritu. El cuarto Evangelio cuenta que, en la misma noche de Pascua, después de enviar a los apóstoles, Jesús «sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Jn 20,22). Al dar a los apóstoles el mandato de ir a todo el mundo, Jesús les confirió también el medio para poderlo realizar —el Espíritu Santo—, y lo confirió, significativamente, con el signo del soplo, del aliento.

San Lucas, en el libro de Hechos, dice que, después de la Pascua, Jesús exhortó a los apóstoles para que no se alejaran de Jerusalén hasta que no hubieran sido revestidos de la fuerza de lo alto: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos» (Hch 1,8). Todo el relato de Pentecostés sirve para poner de manifiesto esta verdad. Una vez que llega el Espíritu Santo, los apóstoles experimentan una transformación sorprendente. Atenazados por el miedo, de repente aparecen en público llenos de valentía y decisión. Invadidos por el Espíritu Santo, proclaman el Evangelio salvador.

⁹ CLEMENTE, *Carta a los corintios*, XLII.

En Pentecostés, toda la Iglesia recibe el mismo Espíritu que ungió la humanidad de Cristo. La Iglesia es «consagrada y enviada» con la misma «unción» de Jesús¹⁰.

El Espíritu Santo, venido sobre los apóstoles, se transforma en ellos en un impulso irresistible para evangelizar. San Pablo llega a afirmar que sin el Espíritu Santo es imposible incluso proclamar que Jesús es el Señor, que es la forma más elemental y el principio mismo de todo anuncio cristiano. San Pedro define a los apóstoles como «quienes os proclaman el Evangelio con la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo» (1 Pe 1,12).

3. La Iglesia prolonga la misión de Cristo

La Iglesia tiene el encargo de prolongar la misión del Hijo y del Espíritu Santo, anunciando a los hombres el amor y la vida que proceden de la Trinidad y realizando los signos de la salvación «hasta que vuelva» (1 Cor 11,26). En la misión que brota del amor fontal del Padre, está incluida la Iglesia. Así lo explica Mons. Raúl Biord: «El Padre envía a su Hijo único por amor al mundo. La misión de la Iglesia es ser expresión-prolongación del amor de Dios al mundo. La Iglesia es enviada en misión porque Dios es en sí mismo un Dios que envía. La historia de la salvación es una cadena remitente de misiones»¹¹. La Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, ha sido ungida y enviada por el mismo espíritu de Jesucristo para anunciar la salvación. Por eso la Iglesia es «misionera por naturaleza»¹². Evangelizar es la dicha de la Iglesia¹³.

La misión de la Iglesia es la misma de Cristo. No existe una misión eclesial que sea distinta de la de Cristo. Explica el catecismo que «la

¹⁰ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum ordinis*, 2: el Señor Jesús «hizo partícipe a todo su cuerpo místico de la unción del Espíritu con que él está ungido».

¹¹ R. BIORD, «La *missio Dei*: ¿paradigma de la teología o un caballo de Troya?», en F. MERONI – A. GIL (coords.), *La misión, futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes* (PPC, Boadilla del Monte 2018) 301.

¹² CONCILIO VATICANO II, AG 2.

¹³ Cf. SAN PABLO VI, EN 14. Podríamos recordar también las afirmaciones de S. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 1: «El espíritu misionero pertenece a la naturaleza íntima de la vida cristiana», y del PAPA FRANCISCO, EG 15: «La causa misionera debe ser la primera».

misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el misterio de la comunión de la Santísima Trinidad»¹⁴. La misión de la Iglesia no tiene vida propia, sino que la recibe de Dios.

Hay un texto en el Nuevo Testamento que resulta paradigmático para comprender la misión de la Iglesia. Está al inicio de la primera carta de Juan:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (Jn 1,1-3).

Aquí se recoge el testimonio de la comunidad a partir de la experiencia del Resucitado. Es la Iglesia la que ha experimentado: lo que hemos visto y oído del Verbo de la vida. Y esa Iglesia da testimonio, anuncia al que es la Palabra que existía desde el principio. La finalidad del anuncio es que también entren en comunión íntima con ellos y con Dios. Este es el dinamismo de la misión: experiencia, anuncio, comunión.

Existen dos propiedades esenciales de la Iglesia que inciden en su carácter misionero. La primera es la apostolicidad. Que la Iglesia es apostólica significa que tiene su origen en los apóstoles, pero también que continúa la misión apostólica. Esta misión es responsabilidad de todos sus miembros, tanto de los ministros ordenados como de los laicos. «Toda la Iglesia es apostólica —explica el catecismo— en cuanto que ella es “enviada” al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en ese envío»¹⁵.

La segunda propiedad de la Iglesia es la catolicidad, que desde el siglo IV se considera parte de su esencia. Ser católica significa que la

¹⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 738.

¹⁵ *Ibid.* 863.

Iglesia es universal. El concilio explicó que «este pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana y determinó congregar en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Jn 11,52)»¹⁶. La catolicidad, que es un don que Dios otorga a su Iglesia, se convierte en una vocación y una tarea: llevar a Cristo a todos los hombres y todos los pueblos. La Iglesia «se esfuerza enérgica y constantemente por llevar a toda la humanidad las riquezas de Cristo»¹⁷. El anuncio del Evangelio ha sido una prioridad para la Iglesia de todos los tiempos. Ser católico no es formar parte de un grupo selecto ni de mantener un estilo determinado de vida, sino que es participar de la vocación y llamada de toda la Iglesia: llevar a Cristo a todos los pueblos.

4. Cada cristiano es enviado (apóstol)

Cada cristiano entra en esta dinámica de envío y participa de la misión que el Padre confió a Cristo y que Cristo puso en manos de la Iglesia. Todo cristiano ha de asumir personalmente el desafío de la misión. Se trata de una tarea que no puede delegarse.

4.1. SER CRISTIANO ES SER ENVIADO. EL DISCÍPULO ES MISIONERO

Es importante comprender que la misión no es una consecuencia de ser cristiano, sino que no se puede ser cristiano sin ser enviado. Como Cristo, también el cristiano ha venido al mundo para anunciar la Buena Nueva. El bautismo y la confirmación han configurado estrechamente nuestra vida a Cristo para continuar anunciando su Evangelio. En estos sacramentos hemos recibido el don del Espíritu Santo, que nos da la fuerza para proclamar a Cristo. Con razón, el papa Francisco insiste en que «todos somos discípulos misioneros»: «en todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, LG 13.

¹⁷ *Ibid.*

del Espíritu que impulsa a evangelizar»¹⁸. Y añade que cada bautizado ha de sentirse responsable de la evangelización y no debe postergar su compromiso.

Entiendo que en este tema tenemos un gran reto, porque, lamentablemente, son pocos los cristianos que se sienten verdaderamente responsables de la misión. La mayoría de los cristianos piensa que la misión es algo que lleva a cabo un grupo selecto de personas en lugares remotos; no piensan que sea algo que les afecte a ellos. Muchos fieles cristianos adoptan una actitud pasiva, quizá porque los sacerdotes les hemos enseñado a escuchar y obedecer. Para ellos, la misión es cosa de los obispos y de sus párrocos, pero no se sienten realmente implicados en ella. Necesitamos cristianos conscientes de lo que significa ser bautizado. Creo que este es, en parte, el sentido del sínodo sobre la sinodalidad que se ha celebrado. A partir de la comunión, que es la esencia de la Iglesia, hace una llamada a todos —y muy especialmente a los laicos— para aumentar la participación en la vida de la Iglesia y en su misión.

Vivimos una profunda descristianización de la sociedad, como veremos en el segundo artículo. En este contexto, todo cristiano ha de preguntarse cómo puede contribuir a encender de nuevo la llama de la fe en el corazón de los hombres. La evangelización únicamente puede ser llevada a cabo con éxito por personas que, enamoradas profundamente de Dios, den testimonio entusiasta a favor de él con sus palabras y sus hechos. ¿Existe en nuestros cristianos una pasión por la misión? ¿No nos hemos conformado con lamentarnos por la situación de decadencia que viven nuestras parroquias y comunidades? Esto es lo que el papa Francisco llama «pesimismo estéril»: lamentarse por lo mal que está el mundo y la Iglesia, sin descubrir en ello un reto y una oportunidad para anunciar a Cristo¹⁹.

El papa Francisco invita también a concebir la totalidad de la vida como una misión, de manera que no es que la vida tenga una misión, sino que es una misión. En la exhortación *Evangelii gaudium* dice:

¹⁸ FRANCISCO, EG 119.

¹⁹ *Ibid.*, 84-86.

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar²⁰.

Sin embargo, «los obreros son pocos» (Lc 10,2). El trabajo es mucho, pero hay pocos obreros dispuestos a ser enviados. Puede suceder lo que denunciaba Madeleine Debrêl (1904-1964): «Las comunidades humanas esperaban sus apóstoles; esos apóstoles éramos nosotros, y nosotros hemos confiado en otros»²¹. Exceso de clericalismo, miedo al compromiso, temor a lo que opinen de nosotros... Lo cierto es que hoy resulta urgente que cada cristiano tome conciencia de su responsabilidad en el anuncio del Evangelio.

4.2. DIEZ RASGOS FUNDAMENTALES DE LA MISIÓN

Destacaré ahora algunas consecuencias de asumir el envío misionero. He resumido en diez los rasgos fundamentales de la misión.

a) La misión «abarca toda la vida». La misión modifica radicalmente la existencia de aquel que se sabe llamado. Por eso, no es extraño que algunos llamados tengan miedo de responder afirmativamente. Los relatos de vocación de los profetas dejan claras todas las dificultades que encuentra el llamado: soy un niño (Jer 1,6), soy impuro (Is 6,1-13), mi trabajo es cultivar higos (Am 7,14-16). La vocación implica la vida. No es una tarea provisional o para un tiempo determinado, sino que abarca toda la vida. Pero lleva también consigo una promesa: «Yo estaré contigo» (Ex 3,12). El enviado es acompañado por su Señor: «No les tengas miedo» (Jer 1,8); «ve y profetiza» (Am 7,14).

b) Somos enviados «para anunciar el Evangelio». El contenido del mensaje es el mismo que el de Jesús: anunciar la Buena Noticia del reino

²⁰ *Ibid.*, 273. Cf. FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, 131.

²¹ M. DEBRÊL, «Misioneros sin barcos» [1943], en *Íd.*, *La santidad de la gente sencilla* (Monte Carmelo, Burgos 2012) 72.

de Dios, que se cumple en la persona de Jesucristo. La venida de Dios y la salvación de todos se realiza en esa persona concreta, que procede de una aldea insignificante y que habita un país sometido al imperio de los romanos. Él es el reino de Dios en persona —la *autobasileia*, dirá Orígenes (Mt 14,7)²²—; él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6); él es «la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo» (Jn 1,9). Con razón el anuncio del Evangelio del reino de Dios se transformó después de la Pascua en el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1; Rom 1,9; 2 Cor 2,12; 9,13; etc.).

El objetivo de la evangelización no es primariamente construir la Iglesia, sino proclamar a Jesucristo. Hemos de anunciar, sobre todo, la resurrección del Señor, el gozo de la Pascua. Cuando los apóstoles buscan un sustituto de Judas, ponen como condición que sea «uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús» y que sea «testigo de su resurrección» (Hch 1,21-22). Es esencial el trato con Jesús, el seguimiento y la experiencia de que está vivo, de que ha resucitado. De ahí brota la «alegría misionera».

c) «Con obras y palabras». Como Cristo y los apóstoles, nosotros hemos de anunciar con obras y palabras. Todo cristiano ha de confesar que Jesús es el Hijo de Dios vivo y dejar que su persona y mensaje cobre vida en él.

Somos testigos que anunciamos a Cristo con toda nuestra vida: con nuestras palabras y también con nuestros gestos de acogida, cercanía y sanación. Nosotros no somos una agencia publicitaria ni vendemos ningún producto. Si fuera así —como dice Hadjadj— «en lugar de liberar, cautivaríamos. En lugar de despertar del sueño, hipnotizaríamos. Ganaríamos, en vez de hermanos, una clientela; en vez de hijos tuyos, abonados»²³. Nosotros tampoco nos servimos de los medios de presión para que los hombres crean. Muy sabiamente dijo Benedicto XVI que

²² Cf. también TERTULIANO, *Adv. Marc.*, IV, 33, 8.

²³ F. HADJADJ, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Antimanual de evangelización* (Nuevo inicio, Granada 2013) 114. «Lo que nos interpela en el fondo —escribe— no tiene nada que ver con una estrategia de comunicación, sino que tiene que ver con la esencia de la palabra» (64).

«la Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción»²⁴. Hemos de contagiar la alegría de la fe, respetando al mismo tiempo la conciencia de los demás, porque —como señaló el concilio— «la verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas»²⁵.

Es el testimonio de nuestra propia vida el que debe atraer hacia Jesucristo. Toda nuestra vida ha de convertirse en una predicación del Evangelio; todo nuestro ser ha de gritar el Evangelio en todas partes. Me gusta mucho una reflexión que escribió san Carlos de Foucauld cuando estaba en Nazaret: «Toda nuestra vida debe ser una predicación del Evangelio por el ejemplo: toda nuestra existencia, todo nuestro ser debe gritar el Evangelio sobre los tejados; toda nuestra persona debe respirar Jesús, todos nuestros actos, toda nuestra vida debe gritar que nosotros somos de Jesús»²⁶.

d) «Sin alforjas». Los medios para hacer presente la salvación que Cristo trae no son la fuerza ni el poder, sino el amor a cada uno, la acogida incondicional, el perdón y la atención a los más pequeños. El Señor nos envió «sin alforjas». Lo importante no son las cosas que llevamos sino aquel a quien hacemos presente. Tampoco son necesarios grandes proyectos y planificaciones. Ciertamente no podemos confiar todo a la improvisación, pero conviene tener muy presente que la fuerza del anuncio no reside en los medios de los que se sirve.

e) «Desde nuestra propia vocación». Cada cristiano es llamado y enviado según su vocación particular (fieles laicos, ministros sagrados, fieles religiosos) y los carismas que ha recibido. La misión es única, pero las tareas son diversas. «En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión»²⁷.

²⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía* (13-5-2007).

²⁵ CONCILIO VATICANO II, *Dignitatis humanae*, 1. Por esta razón el papa Francisco critica frecuentemente el «proselitismo». La Iglesia —dice— crece por atracción y por testimonio, pero nunca por proselitismo, que es un intento de imponer una ideología prescindiendo de la gracia. No es lícito presionar a los demás para que acepten nuestras creencias.

²⁶ CARLOS DE FOUCAULD, *Meditaciones sobre los santos Evangelios*, 324 (Nazaret 1898).

²⁷ CONCILIO VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, 2.

En particular, los laicos tienen una misión fundamental, que es «hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos»²⁸.

Comenta R. Fisichella:

Los fieles laicos, debido a su participación en el oficio profético de Cristo, están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana, más o menos conscientemente percibida e invocada por todos, constituye la única respuesta válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida²⁹.

Es necesario superar una visión clerical de la misión y entender que todos somos corresponsables de ella, cada uno según su vocación y estado de vida. Los laicos deben dar un paso importante: pasar de ser personas que evangelizan siguiendo las directrices de los sacerdotes a personas que toman la iniciativa y, porque son conscientes de su bautismo y de su responsabilidad, se preocupan ellos mismos por el anuncio del Evangelio. Hemos de dar paso a una Iglesia en la que todos —sacerdotes, religiosos y laicos— nos sintamos igualmente responsables de proclamar a Jesucristo. A esto se le suele llamar «sinodalidad», que significa ‘caminar juntos’. A avanzar por este camino nos está invitando el sínodo que hemos celebrado.

f) Desde la propia «experiencia de fe». El testimonio y el anuncio de Jesucristo solo se puede realizar desde lo que hemos experimentado. Son muchos los textos del Nuevo Testamento que vinculan experiencia y anuncio. «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti» (Mc 5,19), dice Jesús al endemoniado de Gerasa. «Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído», dice a los discípulos del bautista (Lc 7,22). El testimonio brota de la experiencia, del amor y la misericordia vividos en la relación personal con Jesús. La vivencia de la intimidad con Cristo Resucitado conduce al anuncio. La respuesta de Pedro y Pablo al Sanedrín

²⁸ CONCILIO VATICANO II, LG 33.

²⁹ R. FISICHELLA, *La nueva evangelización* (Sal Terrae, Santander 2012) 114.

expresa la conciencia de toda la Iglesia: «No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20).

Hoy, más que nunca, necesitamos cristianos con una profunda experiencia de fe. Cuando la fe está más cuestionada y a la intemperie, se requieren cristianos con una fuerte experiencia y convicciones personales sólidas. No se puede vivir de lo que nos han dicho o de lo que otros vivieron. Cada uno ha de vivir personalmente la relación con Jesucristo vivo. Lo primero y fundamental es el encuentro, que debe renovarse continuamente. En el origen de la fe está ese encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva³⁰. En el ambiente de increencia que nos rodea, son necesarios cristianos místicos, hombres y mujeres «habitados por Dios».

Con el fin de evitar peligrosos subjetivismos en este camino son importantes dos consideraciones. Primero, la apertura a la comunidad, a los otros creyentes. El contraste de la propia experiencia con la tradición cristiana y el diálogo y confrontación con la comunidad son garantía de la verdad de lo vivido. En segundo lugar, se necesita una buena formación, que incluya todos los aspectos de la vida cristiana: los aspectos intelectuales (conocimiento del contenido de la fe), pastorales (y también pedagógicos y comunicativos), humanos (virtudes humanas) y espirituales. Hoy se detecta un analfabetismo religioso muy grande. La fe cristiana afecta a todo el sujeto humano e involucra todo lo que somos: la inteligencia, la voluntad y los sentimientos. Por eso, una formación en la fe debe considerar todos estos aspectos. Para nosotros, como para los discípulos, ser formados significa, sobre todo, estar con Cristo y asimilar sus sentimientos y actitudes.

g) «Desde la gratuidad», «Gratis habéis recibido, dad gratis» (Mt 10,8). Hay una experiencia fundamental del mensajero: la gratuidad de Dios. El Dios que proclamamos es Dios de gracia y misericordia. Experimentarlo en la propia carne conduce a proclamarlo. San Pablo lo

³⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1. Cf. FRANCISCO, *Lumen fidei*, 4.

vivió con fuerza y lo repitió constantemente: todo es don, todo es obra de la gracia. «Si es por gracia, ya no es en virtud de las obras; de otro modo, no es ya gracia» (Rom 11,6). Dios nos ha salvado gratuitamente, no por nuestros méritos, sino a pesar de nuestros deméritos.

La gratuidad ha de penetrar todo nuestro anuncio. Hemos de entrar en la «lógica del don». Somos fruto de la gracia de Dios y hemos de ser su imagen. Lo primero para la fe es el don y no la exigencia. Lo primero es que él nos amó, antes de que nosotros le amemos. Nuestra vida ha de reflejar esta gratuidad. Y nuestra palabra ha de proclamar al Dios de la gracia. No sin razón, el papa Francisco ha recordado que «el principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbré permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización»³¹.

h) Dejándose llevar por el «Espíritu». La evangelización solo es posible con «la fuerza de lo alto», es decir, la fuerza que da el Espíritu Santo (Hch 1,18). Como escribe Kasper,

solo una Iglesia colmada del Espíritu Santo es capaz de misionar. Pero una Iglesia movida por el Espíritu de Dios no puede por menos de salir de sí misma y dar testimonio del Evangelio al mundo entero. Su preocupación nunca puede limitarse a su propia conservación y al mantenimiento del *statu quo*. ¡Una Iglesia que dejara de tener presente el mandato de evangelizar y no sintiera el impulso de hacerlo no sería ya la Iglesia de Jesucristo!³².

El mismo Espíritu que movió a Jesús e impulsó a los discípulos está en nosotros y alienta nuestra misión. Él es en verdad el protagonista de la misión eclesial³³. Por eso, el anuncio del Evangelio va siempre unido a la oración y la invocación del Espíritu Santo.

i) En comunión íntima con toda la «Iglesia». El sujeto de la misión es la Iglesia y a ella nos incorporamos nosotros. No se evangeliza como «lobos solitarios», sino en comunidad y desde la comunidad. No po-

³¹ FRANCISCO, EG 112.

³² W. KASPER, «La nueva evangelización: un desafío pastoral, teológico y espiritual», en G. AUGUSTIN (ed.), *El desafío de la nueva evangelización* (Maliaño, Santander 2012) 23.

³³ SAN JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 21.

demos ser «solistas», sino que hemos sido enviados «de dos en dos», como comunidad-Iglesia.

Esto nos exige un amor exquisito a la Iglesia. Debemos amar apasionadamente a la Iglesia, que es la madre que nos ha engendrado a la fe y es la familia con la que celebramos, vivimos y alimentamos esta fe. Existe en nuestros días una tendencia fuerte al individualismo, que afecta a muchos cristianos, los cuales emprenden batallas por su cuenta. Se da también una desafección de la Iglesia, de la que solo se miran y airean los defectos. Solo puede ser evangelizador quien ama a la Iglesia y participa de su misión.

El gesto de envío o *misio* que celebramos habitualmente en nuestras parroquias y diócesis con los profesores de religión y los catequistas quiere significar esta vinculación con la Iglesia, que es la que encomienda a algunas personas un ministerio estable. Este es el sentido del ministerio laical del catequista, recientemente instituido por el papa Francisco, que es «un servicio estable que se presta a la Iglesia local» por parte de «laicos y laicas que, en virtud del propio bautismo, se sienten llamados a colaborar en el servicio de la catequesis»³⁴.

j) Las «dificultades» del mensaje. Hemos de ser conscientes de que este mensaje es contrafáctico, es decir, desafía los presupuestos sobre los que se construye nuestro mundo. Es mensaje que proclama dichosos a los pobres y ensalza a los más pequeños, es mensaje que tiene su clave en la entrega generosa de la propia vida en la cruz. El evangelizador debe dar por descontado el rechazo. El mensaje que proclamamos es «escándalo para los judíos» y «necedad para los griegos», pero en él se esconde la fuerza y sabiduría de Dios (cf. 1 Cor 1,23).

El discípulo no puede eludir la cruz. Cumplir la misión recibida del Señor exige sacrificio, entrega. El mensaje que proclamamos tropieza muchas veces con la indiferencia de quien escucha e incluso con la burla y el rechazo. Si es rechazado, el discípulo debe sacudirse el polvo de los pies (cf. Mt 10,12) y no cesar de anunciar la persona y el mensaje

³⁴ FRANCISCO, *Antiquum ministerium*, 5 y 8.

de Jesús. No debemos dejarnos abatir, sino confiar en la fuerza de lo que anunciamos y en la acción del Espíritu de Dios.

El Evangelio que proclamamos no puede ser manejado a nuestro antojo, porque no procede de nosotros, sino de Dios. Podemos tener la tentación de adaptarlo a nuestra vida o a nuestra sociedad, rebajando sus exigencias, pero no es nuestro, no podemos disponer de él. El Evangelio nunca resulta cómodo; siempre resulta escandaloso; siempre desentona. Tampoco depende de nosotros que sea acogido por las personas. Es siempre un don, del que nosotros no disponemos. No depende de nuestros cálculos o planes.

5. El signo de Cristo en el rostro de la Iglesia

El pueblo de Israel tenía la misión de ser «signo» para los otros pueblos. Después de la resurrección de Jesús, esta realidad misionera universal tiene lugar por medio de la Iglesia, que es un «enseña hacia las naciones» (Is 11,12)³⁵. La Iglesia no está referida a sí misma, sino que por esencia es misionera, está abierta a todos.

Como la Iglesia tiene sus limitaciones y miserias, es urgida a la renovación constante, para ser mejor transparencia de Cristo³⁶. El Concilio Vaticano II invitó en diversas ocasiones a la renovación. A propósito de la actividad ecuménica, dice *Lumen gentium* que «la madre Iglesia no cesa de orar, de esperar y de trabajar, y exhorta a todos sus hijos a la santificación y renovación para que la señal de Cristo resplandezca con mayores claridades sobre el rostro de la Iglesia»³⁷. También en el decreto de ecumenismo se señala la necesidad de una «perenne renovación»: «Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad»³⁸. La conversión eclesial es, pues,

³⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 2.

³⁶ Me he ocupado de este tema en F. CONESA, «La Iglesia como signo de Jesucristo», en *Facies Domini*, 3 (2011) 129-166.

³⁷ CONCILIO VATICANO II, LG 15; cf. *Gaudium et Spes*, 43.

³⁸ CONCILIO VATICANO II, *Unitatis Redintegratio*, 6.

el instrumento para que aparezca más claramente el signo mismo de Cristo. Por ello, la conversión personal y comunitaria es la exigencia primera y más urgente de la Iglesia en todos los tiempos. Hemos de tener en cuenta que mucha gente, cuando piensa en la Iglesia, no la relaciona con Dios ni la percibe como presencia de Dios. No perciben a Cristo en el rostro de la Iglesia.

Ser signo de Cristo significa volver a él constantemente, acrecentar la comunión con él, en la vida de oración, en la vida sacramental, en las actitudes fundamentales que nacen de la fe, la esperanza y el amor para, de esta manera, ir reflejando la gloria del Señor y transformándose en su imagen por la acción del Espíritu Santo (cf. 2 Cor 3,18). Significa también permanecer a la escucha de la voz de Cristo, que le invita a la conversión. Solo el contacto con la revelación, de la que es portadora, puede revitalizar la vida de la Iglesia. Sin olvidar que la Iglesia crece de una manera especial como signo de Cristo en la eucaristía, que hace de ella cuerpo de Cristo.

También la misión fortalece a la Iglesia y la renueva. No tengamos miedo a entregarnos a la misión, porque el anuncio rejuvenece a la Iglesia. En cambio, cuando la Iglesia se cierra en sí misma, envejece. Hemos de superar la comodidad y la falsa seguridad de quien se cierra en sí mismo y abrimos a la misión de entusiasmar a las personas con Dios y ganarlas para Cristo.



Hay muchas personas que esperan nuestro testimonio, que andan perdidas y sin rumbo, que desearían encontrar plenitud en su vida. A todos ellos debemos anunciar que Jesucristo es la respuesta que buscan, la luz que necesitan, la fuente que sacia y llena el corazón humano. Nuestro mundo occidental se parece cada vez más a un desierto por el que resulta difícil transitar. Advertimos con dolor cómo las personas se van alejando de la fe y van perdiendo el rumbo y que, cuando se pierde el sentido de Dios, caen muchos valores, se deshumaniza la sociedad y se degrada la misma creación. Nosotros no nos podemos conformar con la descristianización que vive nuestra sociedad. Nos tiene

que doler cada hombre y mujer de nuestra tierra que desea encontrar una luz y no la alcanza. Unidos a toda la Iglesia, sentimos el deber de conducirlos hasta la fuente, que es Jesucristo. Con san Pablo podemos repetir: «Se me ha dado la gracia de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo» (Ef 3,8).

Cada uno de los bautizados hemos recibido la gracia de ser elegidos para proclamar a Cristo, a pesar de nuestras debilidades y de nuestra pobreza. Hemos de reconocer como un don extraordinario de Dios haber sido elegidos y enviados; es un don que recibimos el día que fuimos bautizados. Ese día nos incorporamos a una misión que tiene su origen en Dios Padre y que nos alcanza a nosotros. No debemos temer nuestra pequeñez, la escasez de medios ni las dificultades que encontramos. Somos discípulos de Jesús enviados a proclamar su nombre con la fuerza del Espíritu Santo.